

Dos vidas  
Gertrude y Alice

Janet Malcolm



¿Cómo lograron sobrevivir dos lesbianas judías en la Francia de Vichy durante la II Guerra Mundial?

La historia de Gertrude Stein y Alice B. Toklas.

En esta ocasión, la renombrada ensayista norteamericana Janet Malcom aborda la historia de la legendaria pareja de lesbianas expatriadas en Francia durante la II Guerra Mundial y de la tremenda influencia que Gertrude Stein y Alice B. Toklas ejercieron sobre la obra de grandes escritores como Hemingway, Ezra Pound y Faulkner.

En el trabajo de Janet Malcolm, el biógrafo se convierte en un personaje más del libro y el proceso de escribir una biografía, de acumular hechos y documentación, se introduce en la narración como una historia más.

El resultado: un relato brillante sobre una época, y una reflexión afilada sobre los mecanismos últimos del género biográfico.

A Ann Arensberg.

*La tierna elegancia de la amistad femenina.*

SAMUEL JOHNSON

*La historia de Rasselas, capítulo 46*

Gertrude Stein y Alice B. Toklas.

## **Primera parte**

Cuando leí por primera vez *El libro de cocina de Alice B. Toklas*, Eisenhower ocupaba la Casa Blanca y Liz Taylor había conquistado a Eddie Fisher tras quitárselo a Debbie Reynolds. El libro, publicado en 1954, me lo regaló un miembro del grupo de jóvenes pretenciosos con los que me relacionaba en aquel entonces, gente que solo sentía un alegre desdén por la cultura estadounidense de medio pelo y cuya revolución contra el conformismo de la época consistió esencialmente en patrocinar una tienda de muebles llamada Design Research y en escribirse amaneradas cartas, inspiradas en la amanerada correspondencia de ciertos escritores homosexuales famosos aún no reconocidos como tales. *El libro de cocina de Alice B. Toklas* encajaba a la perfección en nuestro programa de afectada inmadurez: nos encantaba su tono punzante y magistral, su altivez y su maledicencia. «Los franceses no usan nunca Tabasco, ketchup o salsa Worcestershire, no comen ninguna de las innumerables variedades de encurtidos, ni acompañan un plato de carne con rabanitos, aceitunas o frutos secos», escribía Toklas, como si preparase un manifiesto para nuestro grupo. Su nota al pie, de *haut en bas*, para señalar que «un marinado es un baño de vino, hierbas, aceite, verduras, vinagres, etc., en el que reposan la carne y el pescado destinados a determinados platos durante un determinado espacio de tiempo hasta que adquieren virtud», nos embargaba de éxtasis.

El propio *Libro de cocina* parece reposar en un marinado de recuerdos –de lo que fue la vida de Toklas con Gertrude Stein– en el que adquiere virtud literaria. Más que un libro de cocina y de memorias, casi podría decirse que es un libro de modernismo literario, una suerte de apéndice del *tour de force* de Stein, la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, publicada en 1933. La similitud del tono entre ambos trabajos no hace sino ahondar en el misterio de quién

influyó en quién. ¿Imitaba Stein a Toklas cuando escribía la *Autobiografía* con la voz de Toklas, o inventó esta voz, y más tarde Toklas imitó la invención de Stein al escribir *El libro de cocina*? Imposible saberlo.

Hojeando mi ejemplar de *El libro de cocina*, las manchas de comida me llevan a las recetas que llegué a preparar y que no son numerosas. La mayoría de los platos de Toklas eran, y siguen siendo, demasiado elaborados o demasiado exóticos para intentarlo siquiera (preparé —y me encantó su perversidad— el Gigot de la Clinique, que requería el uso de una gran jeringa hipodérmica para inyectar una pierna de cordero dos veces al día con zumo de naranja por espacio de una semana, mientras se dejaba reposar en el preceptivo marinado de vino y hierbas). Subrayados y notas al margen destacan los pasajes —como los arriba citados— que en los años cincuenta me deleitaron particularmente por su áspera altanería. Hay, sin embargo, un capítulo que no lleva ni manchas de salsas ni líneas subrayadas; su limpieza podría indicar que no lo leí en su momento. Lleva por título «La comida en el Bugey durante la ocupación», y Toklas habla en él de los años de la ocupación nazi, que Stein y ella pasaron en esta región del este de Francia, primero en una espléndida casona próxima a la ciudad de Belley y después en otra casa antigua de los alrededores de Culoz. Cuando tuve ocasión de leer este capítulo de nuevo, me impresionó su carácter evasivo tanto como su alegría dolorosamente forzada. ¿Cómo escapó de los nazis la pareja de lesbianas judías? ¿Por qué se quedaron en Francia en lugar de regresar a Estados Unidos? ¿Por qué omite Toklas cualquier referencia a su judaísmo y el de Stein (y por supuesto a su lesbianismo)? Bueno, en los años cincuenta, uno no iba por ahí alardeando de su condición judía. Un decoroso antisemitismo seguía impregnando la vida en Estados Unidos. Se conocía el destino de los judíos en Europa, pero no la magnitud de la catástrofe; el término «holocausto» aún no se utiliza-

ba. Las evasivas de Toklas en 1954 quedaron sin subrayar, y no llegué a cocinar sus recetas de Pastel de ternera y Caldereta de cangrejo. Estas evasivas parecen hoy mayúsculas, aunque difícilmente incomprensibles. Lo que hoy sabemos de cómo vivieron la guerra Stein y Toklas permite ver con facilidad por qué la compleja realidad de su situación y su conducta no hallaron cabida en *El libro de cocina de Alice B. Toklas*. «Como si un libro de cocina guardara alguna relación con la literatura», dice Toklas, refiriéndose a su empresa ya al final del libro. O con la complejidad, podría haber añadido.

En agosto de 1924, durante un viaje por la Riviera francesa para visitar a Picasso, Stein y Toklas se desviaron hacia el Bugey y pasaron una noche en Belley, en un hotel llamado Pernollet, que les habían recomendado por su buena cocina. La cocina resultó ser mediocre, pero el hotel y la campiña les gustaron tanto que decidieron quedarse: enviaron un telegrama a Picasso para comunicarle que se retrasarían una semana, y finalmente nunca llegaron a la Riviera. Regresaron al Pernollet los veranos siguientes (comían siempre fuera del hotel) y decidieron buscar un lugar donde instalarse en la región. Estaban dispuestas a comprar, construir o alquilar, pero no encontraban nada de su gusto. Hasta que un día, en un valle, descubrieron «la casa de nuestros sueños», según la define Stein en la *Autobiografía*, y continúa diciendo:

Ve a hablar con el campesino que es el dueño de la casa, me dijo Gertrude Stein. Es absurdo, le dije; es una casa importante y está ocupada. Ve a hablar con él, insistió ella. Fui, de muy mala gana. El hombre dijo bueno, sí, tal vez podría alquilarse; es propiedad de una niña que ha perdido a toda su familia y creo que ahora vive allí un te-

niente del regimiento estacionado en Belley, pero he oído que están a punto de marcharse. Hablen con el agente de la propiedad. Así lo hicimos. Era un amable y anciano campesino que siempre nos decía *allez doucement*, no tengan prisa. Y no tuvimos prisa. Teníamos prometida la propiedad, que solo habíamos visto de lejos, en cuanto el teniente la desocupara. Tres años más tarde el teniente se marchó a Marruecos, y tomamos posesión de la casa que seguíamos sin haber visto más que desde el otro lado del valle y que nos gustaba cada vez más.

Stein escribió la *Autobiografía de Alice B. Toklas* en el otoño de 1932, en una especie de paroxismo de ambición de fama y de dinero, favores que hasta la fecha le habían sido esquivos. Anhelaba la «gloria» desde su juventud, según cuenta su amiga Mabel Weeks, pero sus escritos experimentales no se la habían deparado. Por fin, a los cincuenta y ocho años, decidió prostituirse (por así decir) y escribir un libro en inglés convencional que se convirtió en un superventas. El hecho de que llegara a ser un éxito puede dar la medida del genio que Stein reclama para sí a lo largo de todo el libro. Qué clase de genio era el suyo resulta difícil de precisar. Estudió medicina, se especializó en psicología y solo tras abandonar la escuela Johns Hopkins en 1901, en su último año de carrera, empezó a pensar en la literatura como camino hacia la gloria. Sus primeros escritos eran convencionales y poco prometedores, bastante artificiosos. Tras instalarse en París, en 1903, como si su musa despertara finalmente con el aire más refrescante del Viejo Mundo, empezó a producir los textos por los que hoy la conocemos: relatos, novelas y poemas que en nada se parecen a los relatos, novelas y poemas escritos hasta la fecha, y que parecen impregnados de una suerte de elixir de originalidad. En el trío de relatos titulado *Tres vidas*, escritos en 1905, así como en la novela *Ser*

*norteamericanos*, iniciada en 1903 y concluida en 1911, Stein escribe todavía en un inglés normativo, aunque singular, pero en 1912 ya ha descubierto un lenguaje propio, un idioma que, si bien emplea los vocablos ingleses, no se parece en nada al inglés estándar. «No pensar en otra cosa y luego olvidarse de la tarea, el crédito y después el reposo de ese intervalo, la insistencia del tintineo no altera cuando no hay baratijas, y puede ser una prenda elegante y grata», escribe en *Portrait of Mabel Dodge at Villa Curonia* (1912), una primera incursión en este tipo de lenguaje. (La ostensible modelo del retrato –una estadounidense aventurera y rica que alojó a Stein y Toklas en su villa italiana– quedó tan impresionada con el texto que costeó una edición privada, encuadernada en papel florentino, para regalar a quienes la visitaban en su apartamento de la Quinta Avenida.) Dos años más tarde en *Tender buttons*, un texto inspirado en las naturalezas muertas del cubismo, Stein eleva la apuesta:

#### UNA CAJA

De la bondad viene la rojez y de la rudeza viene deprimida la misma pregunta, de un ojo viene la investigación, de la selección el sufrido ganado. El orden consiste por tanto en que una manera blanca de ser redondo es algo que sugiere un alfiler y ¿es decepcionante?, no lo es, es demasiado rudimentario para analizarlo y percibir con extrañeza una sustancia fina, es demasiado riguroso tener una punta verde no para enrojecer sino para apuntar de nuevo.

#### MANZANA



ser mío para estar seguro déjalo estar para estar seguro para ser mío para estar seguro para ser mío para estar seguro para ser mío déjalo ser mío déjalo estar seguro para ser mío para estar seguro déjalo estar para ser mío déjalo estar para estar seguro déjalo estar para estar seguro déjalo estar seguro mío para estar seguro déjalo ser mío para dejarlo estar seguro para dejarlo estar seguro mío para estar seguro déjalo ser mío para estar seguro para dejarlo ser mío cuando para estar seguro cuando para estar seguro déjalo estar seguro para ser mío.

La inagotable inventiva de Stein para experimentar con el lenguaje, tanto como su tono de solvente autoridad le valieron un creciente prestigio en el círculo de la vanguardia. Pero a ella no le bastaba: quería conquistar también el resto del mundo.

Con la *Autobiografía de Alice B. Toklas* no solo cosechó la vulgar celebridad que tanto anhelaba, sino que además resolvió brillantemente el *koan* de la autobiografía, eludiendo toda responsabilidad sobre la suya propia. Al hablar con la voz de su compañera, Gertrude Stein puede prescindir por completo de la farsa de la humildad con la que el autobiógrafo convencional debe librar en todo momento una ardua batalla, a fin de mantenerla bajo control. «He de decir que solo tres veces en mi vida he conocido a un genio —pone Stein en boca de Toklas, en alusión al momento en que se conocieron—, en las tres ocasiones una campana sonó dentro de mí, y no me equivocaba, y puedo afirmar que en los tres casos esto ocurrió antes de que su genio mereciera el reconocimiento general. Los tres genios de los que deseo hablar son Gertrude Stein, Pablo Picasso y Alfred Whitehead.»

La traviesa egolatría de Stein impregna todo el libro («se percata de que es única en la literatura en lengua in-

glesa de su tiempo») y a ello se suma un optimismo que confiere a la historia de su vida el carácter de un cuento de hadas. Nunca le sucede nada malo; supera todas las dificultades como por arte de magia. A finales de la década de 1890, cuando estudiaba en Radcliffe y debía presentarse a un examen del curso de filosofía impartido por William James para el que no se había preparado, Stein escribe en el papel de examen: «Querido profesor James: Lo lamento mucho, pero lo cierto es que hoy tengo poquísimas ganas de hacer un examen de filosofía». Y abandona el aula. Al día siguiente recibe una postal de James: «Querida señorita Stein: Comprendo perfectamente sus sentimientos. A mí me ocurre lo mismo a menudo». Y le pone la máxima calificación. Toda su vida es así. Picasso se dispone a retratarla y después de ochenta o noventa sesiones termina por decir: «Ya no soy capaz de verte cuando te miro». Borra la cara con gran irritación y se marcha de vacaciones a España. A su regreso, pinta el rostro de Stein de memoria y le regala luego a su modelo ese famoso retrato que es como una máscara. Otro ejemplo es esta anécdota de cuando Stein y Toklas se ofrecen para trabajar como voluntarias durante la Primera Guerra Mundial, transportando provisiones a los hospitales regionales de Francia (una labor por la que fueron condecoradas por el gobierno francés): «Un día íbamos andando por la rue des Pyramides y vimos un Ford que avanzaba en marcha atrás, conducido por una joven estadounidense; el coche llevaba este rótulo: Fondo Estadounidense para los Heridos Franceses... Nos acercamos a hablar con la muchacha y a continuación nos entrevistamos con la señora Lathrop, la directora de la organización. Se mostró entusiasmada, siempre se mostraba entusiasmada, y nos dijo, consigan un coche. Pero de dónde, preguntamos. De Estados Unidos, dijo ella. Pero cómo, dijimos. Pídanselo a alguien, dijo. Y Gertrude Stein lo pidió; se lo pidió a su prima y en pocos meses llegó el Ford».



Gertrude Stein junto al retrato que Picasso le pintó, 1922.  
Fotografía de Man Ray.

La peripecia de la adquisición de «la casa de nuestros sueños» es el ejemplo cumbre de la evidente incapacidad de la vida para negarle algo a Gertrude Stein. Sin embargo, la historia no concluye ahí. Cuatro años después de la publicación de la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, Stein escribió la *Autobiografía de todo el mundo*. La intención era tanto repetir el éxito de ventas del primer libro como expiarlo. Naturalmente, solo alcanzó el segundo objetivo. Lo que Stein deseaba expiar era la nítida narrativa secuencial de la *Autobiografía de Alice B. Toklas*, un estilo que adoptó únicamente para cortejar al público lector convencional, un estilo que en absoluto era el suyo. Escribiendo esta vez con su propia voz, Stein ya no se siente obligada